

tista ni hiciese política. Pero de haberlo tenido, no lo habría anotado ni en la *Apología* ni en la *Relación*, que redactadas bajo el cerrojo del virreinato eran alegatos escritos para probar su inocencia. Aunque el fraile tratase de excitar el antiespañolismo de sus carceleros y rescatar su dignidad eclesiástica, detenido en la Inquisición por haberse internado con Mina en México, mal hubiera hecho Servando en agravar su situación retratándose como conspirador desde 1803.

Volvamos al covachuelo ganoso de hundir a Mier con su baúl. Pero «yo no tenía más que mis libros y mis breves, que eran siete, y una lámina que me habían regalado del Consilio Pistoya. Con esto le bastaba a León para hacerme daño, el cual sabía yo que había de pedir todos mis papeles, como hizo en Burgos, para quedarse con ellos, dejarme sin documentos, para atacarme desprovisto, y dejarme sin arbitrios para comer con mi misa, o para hallar algo con que acriminarme»³⁰.

El duelo entre Servando Teresa de Mier y Francisco Antonio León, que algún novelista habría de escribir desde el lugar del fantasmal perseguidor, repite la pauta conocida. León no encuentra entre los papeles incautados el título doctoral de Mier. Lo acusa de impostura. Se utiliza en su contra el papelillo soez del guardia de Corps. Da comienzo otro proceso contra Mier, quizá el único que estuvo a punto de destruirlo.

España es y será siempre para el Anarcasis americano el pudridero de los Austria y de los Borbones: «Allí están también –en el Escorial– los sepulcros de los reyes, junto a la sacristía. Es una pequeña bóveda toda cubierta de jaspe de aguas, a la que se baja por escalones de lo mismo, y en unas urnitas de lo mismo están con sus letreros los huesos de los reyes, reinas e infantas que dejan sucesión. He dicho los huesos, porque a los reyes en muriendo los llevan al pudridero. Allí los ponen bajo un goteadero de agua que va cayendo gota a gota y pudriendo la carne, hasta que se quedan los huesos blancos como el papel. Todavía cuando yo estuve decían que estaba Carlos III en el pudridero. Yo estuve en aquella bóveda haciendo las reflexiones correspondientes sobre la fragilidad de las cosas humanas»³¹.

³⁰ Ibid., p. 203.

³¹ Ibid., pp. 169-170.



Modelo (1974)